

CRÍTICA CINEMATOGRAFICA

ANGEL DE GORTAZAR

La bomba atómica ha sido motivo para varias películas. Unas sobre las consecuencias de las ya lanzadas; otras sobre el temor universal ante una guerra nuclear; otras sobre el fin del mundo tras una supuesta guerra ya consumada.

Las películas cuya crítica sigue sirven de ejemplo.

LA HORA FINAL (*On the Beach*), de Stanley Kramer. 1959.

Kramer: productor importante al principio, director desigual después. No serás un extraño, *Orgullo y pasión* (rodada en España con Sofía Loren y un gran cañón), *Fugitivos*, *La hora final*, *Vencedores o vencidos* (sobre los juicios de Núremberg), *El mundo está loco, loco, loco*, son sus películas conocidas aquí.

La hora final produjo una gran expectación en todo el mundo, al anunciarse su estreno simultáneo en varias capitales, pero, posiblemente, fué aún mayor la desilusión. Cuando una película tiene dentro

un "mensaje" tan importante, no puede llevar un relleno tan flojo, aunque es cierto que a la novela de Shute le pasaba lo mismo. No es fácilmente admisible que al tratar, nada menos, que del fin del Mundo ocasionado por la radioactividad atómica, se dejen de lado todos los aspectos religiosos y trascendentes, para mostrar tan sólo las reacciones de unos pocos personajes con sus problemas materiales, olvidando a la colectividad. ¡Lástima de película!

En 1964—plazo que al rodar la película parecía un remoto pero verosímil futuro y que, felizmente, ha sido superado—ha habido una rápida guerra nuclear, que nadie sabe bien por qué ni cómo empezó. Las radiaciones van cubriendo el mundo entero y sólo queda vida en Australia y además por poco tiempo. Un submarino atómico norteamericano hace un largo cruce para informar, llegando hasta California y regresando con la triste confirmación, con la cual, inexorablemente, el final llega; es la "hora final" de la Humanidad. Esta es la idea núcleo (la palabreja aquí es apropiada), pero hay demasiado

"argumento", en el que intervienen un marino americano que se rebela ante la idea de haber perdido a su mujer y a sus hijos, una mujer bebedora que se enamora de él, un matrimonio joven que va a empezar su vida cuando va ésta a acabarse, y un científico que no tiene otra ilusión en ese momento que tener un Ferrari de carreras.

Cosas buenas: la exploración en San Diego para localizar las señales de una emisora dentro de la ciudad muerta; el marinero que huye del submarino y se pone a pescar en su ambiente familiar y sabiendo que morirá; las panorámicas, a través del periscopio, de un San Francisco vacío; la espectacular carrera de coches. Y, en general, todo lo que se refiere al espanto de la espera angustiada.

Pero esto es poco junto al excesivo tópico en las escenas entre los protagonistas principales, en los diálogos con "grandes frases", en la realización que con-

funde el virtuosismo preciosista—planos inclinados, efectos de contraluz, etc.—con el lenguaje en cine. Pero sobre todo falla porque Kramer ha hecho un *film* frío, falto de emoción, aséptico, sin estar a la altura de la idea central. Además hay poco acierto en la sensación de tiempo cinematográfico, y así el largo viaje del submarino parece corto y sin sensación de distancia, porque el tiempo real no cuenta con la narración apropiada. Probablemente Kramer confió demasiado en la importancia del tema y pensó que era suficiente por lo que tiene de aviso ante una ficción desgraciadamente verosímil.

El reparto—en esto Kramer no suele fallar—es excelente. Anthony Perkins y la "borrachona" que interpreta Ava Gardner, son lo mejor, en tanto que Fred Astaire no da el tipo del científico, acaso porque la gente sigue viendo en él al gran bailarín y no al buen actor actual.

HIROSHIMA, LA CIUDAD MARCADA (Sono yowa wasurenai), de Kozaburo Yashimura. 1962.

No se conocen en España más películas de este director, considerado entre los destacados en Japón. (No cito los títulos de otras películas porque, la verdad, son rarísimos.)

Un joven periodista llega a Hiroshima para hacer un reportaje al cumplirse diecisiete años de la explosión atómica que destruyó la ciudad. El reportaje parece que no despierta interés. Nadie habla, nadie quiere hablar de aquello, y sólo el Museo y el esqueleto de la Cúpula parecen ser testigos sinceros de aquella tragedia. Durante un buen rato la película es



casi "cine-encuesta", llevado un poco a salto, y, en verdad, que apenas ofrece interés; lo que confirma también al espectador de que no habrá reportaje. Eso sí, se puede ver la ciudad reconstruída, con jóvenes japoneses europeizados (o, mejor, americanizados), aunque sin perder esa cortesía tradicional del pueblo japonés.

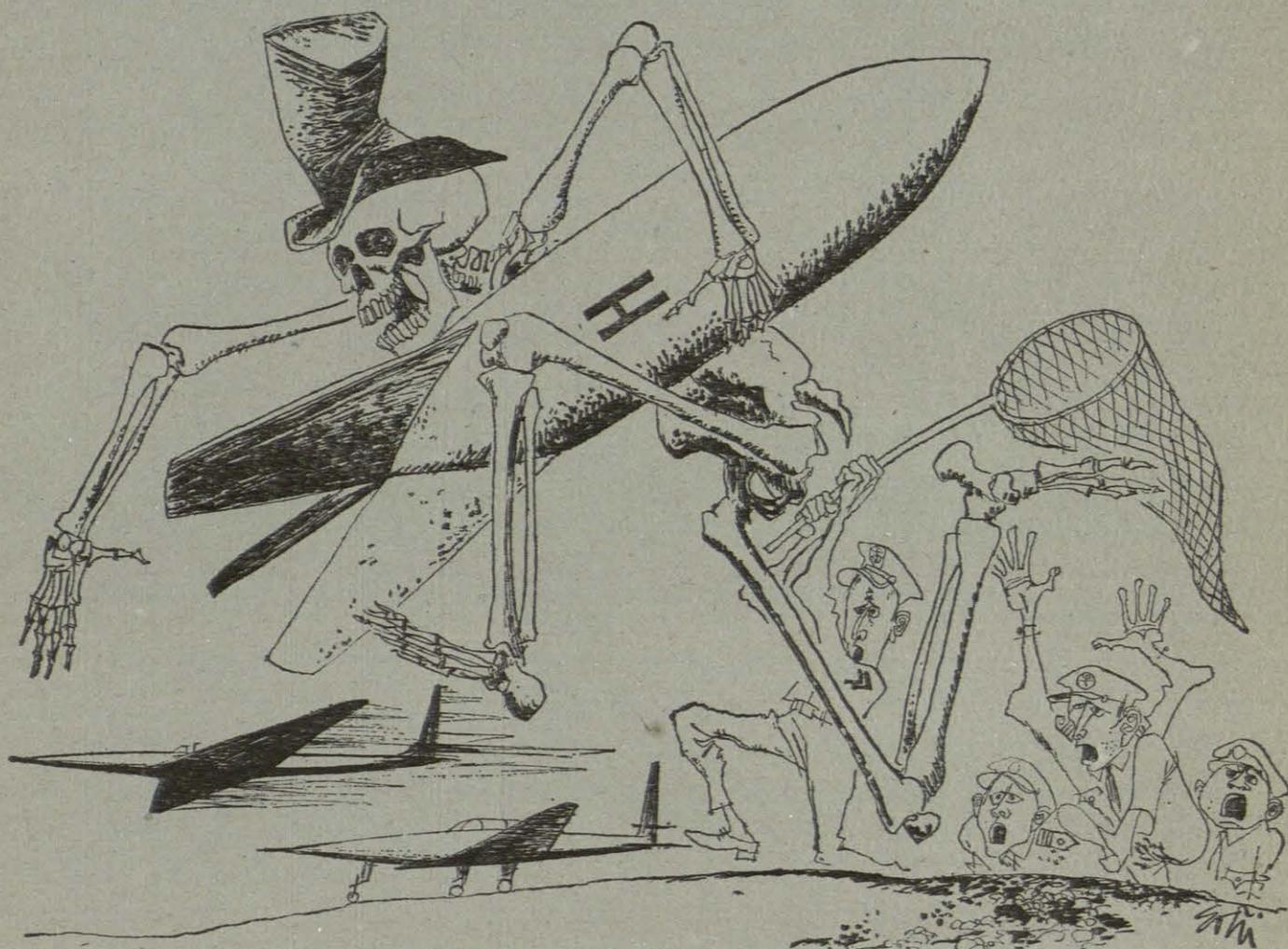
Como testimonio, es poca cosa, y como argumento aún menos: el periodista se enamora de una mujer, dueña de un bar, y ella resulta ser una víctima más de la explosión, pues tiene el cuerpo quemado y llagado, lo cual le produce un complejo imposible de vencer. Cuando el periodista vuelve a Hiroshima, meses más tarde, a buscarla, ella ha muerto. Esta parte, lenta y monótona, tampoco es suficiente para captar la atención, y, como símbolo de las tristes consecuencias de la bomba, es algo particularista.

Cine lento, de técnica algo preciosista, de gran corrección en encuadres y con montaje moderno, hecho todo ello con suavidad, sin tremendismo, y apoyado, como símbolo, en las también simbólicas piedras calcinadas que se aplastan en la mano ("piedras muertas, con apariencia de vivas"), como reflejo de tantas personas que ocultan su tragedia y su temor a las consecuencias hereditarias.

Queda clara la intención pacifista, que le valió el premio de la Oficina de Cine Católico en el Festival de San Sebastián de 1963. En este sentido, el *film* es valioso y digno de meditación. Está hecho, además, con elegante objetividad.

Intérpretes buenos; más occidental él, más gheisa ella; con buena fotografía y excesiva banda sonora.

Parece que el tema daba para más.



TELEFONO ROJO. VOLAMOS HACIA MOSCU
(Dr. Stragelove), de Stanley Kubrick. 1963.

Otras películas de Kubrick: *Atraco perfecto*, *Espartaco*, *Lolita* (no se ha exhibido en España). En general, *films* de violencia, o con violencia.

El jefe de una Base Estratégica Aérea americana,

obseso hasta la locura, ordena un ataque atómico contra Rusia. Reunión en el Pentágono (una sala de conferencias verdaderamente sensacional) con el presidente de los Estados Unidos, con sus asesores civiles y militares, y, por cortesía, con el embajador ruso: imposible detener el ataque, por lo perfecto del sistema de seguridad ante posibles interferencias sovié-

ticas. No queda otra solución que ordenar al Ejército que ataque a la Base Aérea, y así lo hace, tomándola, aunque no puede evitar que uno de los aviones, averiado, no pueda recibir la contraorden.

Tema de máxima tensión (hay otras películas parecidas que no han llegado a España), pero... en tono marcado de farsa, de ironía, de tal forma que se produce choque entre el fondo dramático y el tratamiento burlesco de diálogos y tipos. En el avión averiado las cosas van en serio (aunque sin dramatismo). En la Base hay un juego de comedia a cargo del oficial inglés (interpretado por Peter Sellers), encerrado con el jefe. Y en el Pentágono el aire es de farsa intencionada: así la conversación telefónica entre el presidente (interpretado también por Sellers) y el jefe máximo soviético, así el tipo del embajador ruso, así también el sabio atómico (tercer papel para Sellers), de origen alemán y que no puede evitar que se le escape varios "mein Führer", y en el general americano anticomunista tópico, etc.

La intención temo que pase a veces inadvertida, sin encontrar eco en el público, tal vez por ser demasiado sutil y por estar presentada como si no tuviera importancia. Pero la película tiene interés, aire de cosa importante y preocupante, lo que unido a la forma—grandes planos, panorámicas del vuelo, realización efectista, directa, casi dura—la hace considerable y recordable. Como cine, es estupendo el asalto a la Base, contado con una sencillez descarnada que puede parecer un documental auténtico. Choca el contraste, chocan los tipos y chocan los chistes (efectos cómicos) intercalados en el asalto a la Base, etc. En resumen, que viene a ser como un gigantesco "es broma".

Peter Sellers, en la buena tradición británica, hace tres papeles, sacando partido a los tres, aunque su versión del científico alemán-americano sea super-exagerada. Junto a él hay que destacar a Scott, hábil mezcla de sinceridad y caricatura (es el general anticomunista).

